

Uno

I

Una enfermera les mantuvo la puerta abierta. Entró primero el juez McKelva, luego su hija Laurel y después su esposa Fay, y se adentraron todos en aquella habitación sin ventanas en la que el doctor iba a llevar a cabo el reconocimiento. El juez McKelva era un hombre alto y robusto, de setenta y un años, que habitualmente llevaba las gafas colgadas al cuello con un cordel. Ahora las tenía en la mano y se sentó en una silla elevada y con apariencia de trono, junto a la silla giratoria del médico, flanqueado a un lado por Laurel y al otro por Fay.

Laurel McKelva Hand era una mujer enjuta, de rostro hierático, a medio camino entre los cuarenta y los cincuenta, con el pelo aún oscuro. Vestía ropa de buen corte y tejido, aunque el traje era demasiado abrigado para Nueva Orleans y tenía una arruga en el bajo de la falda.

Parecía que sus oscuros ojos azules se habían pasado la noche en blanco.

Fay, pequeña y pálida, embutida en su vestido con botones dorados, repiqueteaba nerviosamente con el tacón de la sandalia en el suelo.

Era la mañana de un lunes de principios de marzo. Y Nueva Orleans era una ciudad extraña para todos ellos.

El doctor Courtland, en el momento preciso, cruzó la sala a grandes zancadas y estrechó la mano del juez McKelva y la de Laurel. Tuvieron que presentarle a Fay, que se había casado con el juez McKelva tan sólo un año y medio antes. Luego, el doctor se sentó en su silla giratoria y apoyó los talones en el reposapiés. Levantó la mirada con un extraño gesto de agradecimiento: como si hubiera estado esperando al juez McKelva en Nueva Orleans, para entregarle un regalo, o quizás para que el juez se lo trajera a él.

—Nate —dijo el padre de Laurel—, seguramente el problema sea que ya no soy tan joven como antes. Pero me inclino a pensar que tengo algo *en el ojo*.

Puesto que disponía de todo el tiempo del mundo, el doctor Courtland, oftalmólogo de renombre, entrelazó los dedos de aquellas manos suyas, grandes y rudas: a Laurel siempre le pareció que el simple contacto de aquellos dedos con el cristal de un reloj podía transmitir a su piel qué hora era exactamente.

—Diría que tengo esta pequeña molestia desde el

aniversario del nacimiento de George Washington.*

—dijo el juez McKelva.

El doctor Courtland asintió, como si aquel fuera un buen día propicio para curar cualquier dolencia.

—Hábleme de esa pequeña molestia —dijo.

—Te lo contaré. Había estado podando un poco mis rosas... estoy jubilado, ya sabes. Y me quedé allí, en un extremo del porche de casa, mirando hacia la calle... Fay se había ido a no sé dónde... —dijo el juez McKelva, y le dirigió a su esposa una amable sonrisa que se pareció mucho a un reproche.

—Yo sólo subí al pueblo, a la peluquería, para que Myrtis me pusiera los rulos.

—Y fue entonces cuando vi la higuera —dijo el juez McKelva—. ¡La higuera! ¡Lanzando destellos desde aquellos viejos trastos que a Becky se le ocurrió colgar allí hace tantos años para espantar a los pájaros!

Ambos hombres sonrieron. Pertenecían a generaciones distintas pero eran del mismo pueblo. Becky era la madre de Laurel. En julio, aquellos reflectantes caseros, una especie de círculos de latón, apenas servían para mantener alejados a los pájaros de los higos.

—Nate, seguro que recuerdas tan bien como yo ese árbol: se encuentra entre mi patio trasero y el lugar en el

*. El presidente George Washinton nació el 22 de febrero de 1732; esta conmemoración es festiva en buena parte de los estados americanos, pero no se celebra el preciso 22 de febrero, sino el tercer lunes de ese mes. *(Esta nota, y todas las siguientes, son del traductor).*

que tu madre solía tener su establo. Sin embargo, cuando quise mirar en dirección a los juzgados, aquello me deslumbró. —El juez McKelva prosiguió—. Así que me vi obligado a llegar a la conclusión de que había estado mirando hacia la parte de atrás.

Fay dejó escapar una risa: una nota única, alta, tan burlona como la de un grajo.

—Sí, es bastante inquietante. —El doctor Courtland giró la silla hacia su paciente—. Echémosle un vistazo.

—Ya he mirado *yo*. Y no he visto que tenga nada —dijo Fay—. A lo mejor te arañaste con uno de esos zarzales tuyos, cariño, pero ahí no tienes ninguna espina.

—Por supuesto, se me había *olvidado* por completo. Becky seguramente habría dicho que me estaba bien empleado. El peor momento para podar un rosal trepador es antes de la floración. —El juez McKelva continuó hablando con el mismo tono confidencial; tenía el rostro del doctor muy cerca del suyo—. Pero me parece que el Rosal de Becky difícilmente se rendirá.

—Difícilmente —murmuró el doctor—. Creo que mi hermana aún conserva un esqueje del Rosal Trepador de la Señorita Becky.* De todos modos, su rostro permaneció completamente hierático mientras se inclinaba hacia delante para apagar la luz.

*. Las fórmulas de tratamiento social en el sur de Estados Unidos tienen características distintivas: se utiliza la forma «Miss» (traducido aquí como «señorita») para referirse a cualquier mujer, independientemente de su estado civil y de su edad.

—¡Vaya, no se ve nada! —Fay dio un pequeño grito—. ¿Por qué siempre tiene que andar allí enredado en esas zarzas? ¿Sólo porque yo había salido un minuto de casa?

—Porque el aniversario del nacimiento de George Washington es el día consagrado a cortar las rosas y llevarlas a casa —dijo el doctor en tono amigable—. Debería haberle pedido usted a mi hermana Adele que fuera ella y se las cortara.

—Oh, se ofreció... —dijo el juez McKelva, pero despachó el caso de Adele con un leve movimiento de la mano—. Creo que a estas alturas ya debería haberle cogido el tranquillo al asunto.

Laurel lo había visto podar. Su padre sujetaba las rosas cortadas con ambas manos y, entonces, ejecutaba una especie de pesada danza, con un giro hacia un lado, luego otro giro hacia el lado contrario, como si estuviera acunando a su compañera de baile, mientras se alejaba del rosal con la mirada perdida.

—¿Ha tenido más molestias desde entonces, juez Mac?

—Oh, veo un poco borroso. Nada que llame tanto la atención como aquella primera molestia.

—Muy bien, y entonces... ¿por qué no dejamos que actúe la Naturaleza? —dijo Fay—. Eso es lo que siempre le digo yo.

Laurel había llegado directamente desde el aeropuerto; había cogido un vuelo nocturno desde Chicago. La decisión de verse con su padre había sido repentina, acordada

por conferencia la tarde anterior. A su padre, en la vieja casa de Mount Salus, en Mississippi, le apeteció telefonarla en vez de escribirle una carta, pero curiosamente había sido una conversación muy seca por su parte. Al final, le había dicho: «Por cierto, Laurel, estoy teniendo algunos problemillas *con la vista*... últimamente. Creo que debería darle a Nate Courtland una oportunidad para que mirara a ver qué puede encontrar». Y había añadido: «Fay dice que vendrá conmigo y así podrá ir de compras».

La confirmación de que estaba preocupado era tan novedosa que parecía significar que estaba enfermo, así que Laurel había decidido ir volando.

El ojo increíblemente pequeño y brillante del aparato aún se mantenía suspendido entre el rígido rostro del juez McKelva y la cara oculta del doctor.

En aquel momento, las luces del techo se iluminaron de nuevo. El doctor Courtland permaneció quieto, observando con detenimiento al juez McKelva, que le devolvió la mirada.

—Pensé que tenía que traerte alguna cosilla en la que pudieras ocuparte —dijo el juez McKelva, con el tono de voz condescendiente con el que solía dictar sentencia antes de que se retirara de los tribunales.

—Tiene usted desprendimiento de retina en el ojo derecho, juez Mac —dijo el doctor Courtland.

—Muy bien, seguro que puedes pegarla —respondió el padre de Laurel.

—Hay que solucionarlo sin pérdida de tiempo.

—Muy bien, ¿cuándo me vas a operar?

—¿Sólo por un arañazo? ¡Por qué no se agostarían esas viejas rosas y se morirían! —gritó Fay.

—El ojo no tiene ningún arañazo. Lo que ha ocurrido no ha ocurrido en la parte exterior del ojo; ha ocurrido en el interior. Y los destellos, también. Ha ocurrido en la parte con la que ve, señora McKelva.

El doctor Courtland, volviendo la espalda al juez y a Laurel, le señaló a Fay un cartel que colgaba de la pared. Esparciendo su perfume por la sala, la mujer caminó hacia el cuadro.

—Ésta es la parte exterior y ésta es la parte interior del ojo —dijo el oftalmólogo. Y entonces señaló en el gráfico lo que había que hacer.

El juez McKelva se giró completamente hacia un lado para poder hablar con Laurel, que se encontraba sentada en una silla, junto a él.

—Lo del ojo no es una broma, ¿verdad?

—No entiendo por qué me tiene que ocurrir esto *a mí* —dijo Fay.

El doctor Courtland condujo al juez hasta la puerta.

—¿Le importaría ir a mi despacho, señor, y permitir que mi enfermera le importune con algunas preguntas más?

Cuando el médico regresó a la sala de reconocimiento, se sentó en la silla del paciente.

—Laurel —dijo—, no quiero encargarme de esta operación. —Y añadió rápidamente—: Sentí mucho lo de tu madre. —Se volvió y lanzó lo que seguramente fue su primera mirada directa hacia Fay—. Mi familia conocía a la suya desde hace mucho tiempo —le dijo; una frase que nunca se dice salvo para advertir de algo que no hay ninguna necesidad de decir.

—¿Dónde está el desgarro? —preguntó Laurel.

—Cerca del centro —le contestó. Ella mantuvo la mirada fija en el médico y éste añadió—: No hay tumor.

—Antes de que siga usted adelante, creo que yo debería saber si podrá ver bien —dijo Fay.

—En principio, eso depende de cuál sea la razón del desprendimiento —dijo el doctor Courtland—. Y después, dependerá de lo bueno que sea el cirujano, y luego, de lo mucho o poco que el juez Mac acate nuestras recomendaciones, y luego, de la voluntad de Dios. Esta joven lo sabe bien —e hizo un leve asentimiento a Laurel.

—Una operación no es una cosa en la que uno deba precipitarse, eso es lo que sé perfectamente.

—No querrá que espere y que el juez pierda toda la visión de ese ojo... Se le están formando cataratas en el otro —dijo el doctor Courtland.

—¿Mi padre tiene...? —preguntó Laurel.

—Lo descubrí antes de irme de Mount Salus. Se han estado formando durante años; se han tomado su tiempo. Él está informado; pero piensa que ya se le pasará.

—Es como lo de mi madre. Así fue como empezó...

—Bueno, Laurel, yo no soy muy hábil a la hora de hacer suposiciones —protestó el doctor Courtland—. Así que procederé con precaución. Yo estuve presente allí, en tu casa, con el juez Mac y con la señorita Becky. Y estuve observando muy de cerca lo que le ocurrió a tu madre.

—Yo también estaba allí. Sabes que nadie va a culparte de nada; ¿cómo imaginar que podías haber previsto que...?

—Si hubiéramos sabido entonces lo que sabemos ahora... El ojo era sólo una parte de la cuestión... —dijo—, en tu madre.

Laurel observó durante un instante aquel rostro curtido, tan absolutamente transparente a sus ojos. Toda la vida en Mississippi se reflejaba en su cara.

Se levantó.

—Desde luego, si me pides que lo haga, lo haré —dijo—. Pero desearía que no me lo pidieras.

—Mi padre no va a permitir que te desentiendas —dijo Laurel pausadamente.

—¿Es que lo que yo opine no cuenta en absoluto? —preguntó Fay, mientras salía tras ellos de la consulta—. Pues opino que deberíamos olvidarnos completamente de este asunto. La Naturaleza es el mejor cirujano.

—De acuerdo, Nate —dijo el juez McKelva cuando se reunieron todos en el despacho del doctor Courtland—. ¿Cuándo puede ser?

—Juez Mac —contestó el doctor Courtland—, he conseguido que me haga este favor el doctor Kunomoto, de Houston. Ya sabe, fue mi profesor. Ahora utiliza un método más radical, y puede coger un avión y presentarse aquí pasado mañana...

—¿Para qué? —preguntó el juez McKelva—. Nate, me he decidido a salir de casa, y a abandonar mis comodidades, y a venir este sitio, y a ponerme en tus manos sólo por una sencilla razón: confío en ti. Así que demuéstreme que todavía no soy tan viejo como para no tener buen juicio.

—Muy bien, señor; entonces se hará como usted quiere —dijo el doctor Courtland, levantándose. Y añadió—: Señor, ¿sabe usted que, en todo caso, esta operación no es cien por cien segura?

—Bueno, soy un optimista.

—No sabía que quedaran individuos de esa especie —dijo el doctor Courtland.

—Nunca pienses que ya lo has visto todo —se burló el juez McKelva. Respondió a la sonrisa del doctor con una carcajada que fue como el gruñido de triunfo de un viejo cascarrabias. El doctor Courtland, cogiendo las gafas que el juez sostenía en sus rodillas, amablemente se las volvió a colocar sobre la nariz.

Del mismo modo, como una especie de ceremonioso pastor, el doctor condujo a los tres a través de la atestada sala de espera.

—Esto tengo que hacerlo en el hospital; ya me han reservado quirófano y está todo dispuesto —dijo.

—Puede remover cielo y tierra sólo con que se lo pidan —dijo su enfermera casi en un susurro cuando se cruzaron con ella en la puerta.

—Vaya directamente al hospital y quédese allí. —Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el doctor Courtland tocó a Laurel ligeramente en el hombro—. He ordenado que haya una ambulancia abajo, señor... Será un trayecto más seguro.

—¿Por qué actúa de ese modo tan amable? —dijo Fay mientras bajaban—. Apuesto a que cuando mande la factura sus honorarios no serán tan amables.

—Estoy en buenas manos, Fay... —le dijo el juez McKelva—. Conozco a toda su familia.

En Canal Street soplaba un viento frío y desagradable. En casa, en Mount Salus, el juez McKelva siempre había dado ejemplo no quitándose el sombrero de invierno hasta el Día del Sombrero de Paja,* así que ahora, allí, llevaba su panamá de color crema. Y Laurel pensó que aunque tenía más panza, parecía menos rubicundo y más delgado de cara que el día de su boda: aquella había sido la última vez que lo había visto. Las manchas de color champiñón bajo sus ojos eran las de siempre, típicamente suyas, como las negras y sobresalientes cejas clásicas de los McKelva que casi se reunían en la frente, pero... ¿Qué estaba mirando? Laurel se

*. El Straw Hat Day se celebra el segundo sábado de mayo en algunos lugares y, en otros, el día 15 del mismo mes.

preguntó si a través de aquella mirada inflamada y benévola estaría mirando realmente a Fay, o a ella misma, o a nadie en absoluto. En el resplandor cegador de Nueva Orleans, mientras esperaba a la ambulancia sin preguntarse si de verdad la necesitaba, su padre parecía por primera vez —al menos por lo que ella recordaba— un hombre capaz de admitir una mínima incertidumbre en su futuro.

—Si Courtland es tan bueno, al menos podría haber-nos asegurado que todo va a salir bien —dijo Fay—. Y, además, no es tan perfecto: vi cómo le daba un azote en el trasero a aquella enfermera.

2

FAY SE HABÍA SENTADO JUNTO A LA VENTANA; Laurel permanecía de pie en la puerta; estaban en la habitación del hospital, esperando a que trajeran al juez McKelva tras la operación.

—Vaya una manera de cumplir las promesas —dijo Fay—. Me dijo que si algún día me traía a Nueva Orleans, sería para ver el carnaval. —Miraba fijamente por la ventana—. Y ahí está el carnaval, precisamente ahora. Y me parece que esto es lo más cerca que vamos a estar del desfile.